

Las doncellas se levantaron, é la una quedó por hacer compañía á Amadís, é la otra se fué á la villa, é sabed que ambas eran hermanas é primas hermanas de la dueña por quien Amadís la batalla ficiera. Amadís durmió fasta ser el sol salido, é levantándose, llamó á Gandalin é mandó que se fuese á la villa, así como su señora é Mabilia lo habian mandado. Gandalin se fué, é Amadís quedó hablando con la doncella, é no tardó mucho que vió venir la otra que á la villa fuera llorando fuertemente, é al mas andar de su palafren. Amadís dijo: «¿Qué es eso, mi buena amiga? ¿Quién vos hizo pesar? Que si Dios me ayude, ello será muy bien emendado si ante no pierdo el cuerpo.» Señor, dijo ella, en vos es todo el remedio.—Agora lo decid, dijo él, é si os no diere derecho, otra vez no fagais compañía á caballero extraño.» Cuando esto oyó la doncella, dijole: «Señor, la dueña nuestra prima, por quien la batalla fecistes, está presa; que el Rey le manda que faga allí ir al caballero que por ella se combatió; si no, que no salirá de la villa en ninguna guisa; é bien sabeis vos que lo no puede hacer, que nunca fué sabidora de vos; y el Rey vos manda buscar por todas partes con mucha saña contra ella, creyendo que por su sabiduría sois escondido.—Mas quisiera, dijo él, que fuera de otra guisa, porque yo no soy de tanta nombradía para me hacer conocer á tan alto hombre; é digovos que aunque todos los de su casa me fallaran, yo no diera un paso solo para ir allá, si por fuerza no; mas no puedo estar de no hacer lo que quisiédes, que mucho vos amo é precio.» Ellas se le fincaron de hinojos delante, gradesciéndogelo mucho. «Agora se vaya, dijo ella, una de vos á la dueña é dígale que saque partido del Rey, que no demandará al caballero cosa contra su voluntad; é yo seré allí mañana á la tertia.» La doncella se tornó luego, é dijogelo á la dueña, con que la hizo muy alegre, é fuése ante el Rey, y dijole: «Señor, si otorgais que no pediréis cosa al caballero contra su voluntad, será aquí mañana á tertia; é si no, ni le habré yo, ni vos le conoceréis; que si Dios me ayude, yo no sé quién es, ni por cuál razon por mí se quiso combatir.» El Rey lo otorgó, que gran gana habia de lo conocer. Con esto se fué la dueña, é las nuevas sonaron por el palacio é por la villa, diciendo: «Aquí será mañana el buen caballero que la batalla venció.» E todos habian dello gran placer, porque desamaban á Dardan por su soberbia é mala condicion; é la doncella se tornó á Amadís, é le dijo cómo el partido era otorgado por el Rey como la dueña lo pidió.

CAPITULO XV.

Cómo Amadís se dió á conocer al rey Lisuarte é á los grandes de su corte, é fué de todos muy bien recibido.

Amadís folgó aquel dia con las doncellas, é otro dia por la mañana armóse, é cabalgando en su caballo, solamente llevando consigo las doncellas, se fué á la villa, y el Rey estaba en su palacio; é Amadís se fué á la posada de la dueña, é como lo vió, fincó los hinojos é dijo: «Señor, cuanto yo he vos me lo distes.» El le dijo: «Dueña, vamos ante el Rey, é dándoos por quita, podré yo volver donde tengo de ir.» Entonces se quitó el yelmo, é tomó la dueña é las doncellas, é fuése al

palacio, é por do iban decian: «Este es el caballero que venció á Dardan.» El Rey, que lo oyó, salió á él, é cuando le vió fué contra él é dijole: «Amigo, seais bien venido; que mucho habeis sido deseado.» Amadís fincó los hinojos é dijo: «Señor, Dios os dé alegría.» El Rey lo tomó por la mano é dijo: «Si me ayude Dios, sois buen caballero.» E Amadís se lo tuvo en merced, é dijo: «¿Es la dueña quita?—Si, dijo él.—Señor, dijo Amadís, creed que la dueña nunca supo quién la batalla hizo sino agora.» Mucho se maravillaban todos de la gran fermosura de Amadís, é cómo siendo tan mozo pudo vencer á Dardan, que tan esforzado era, que en toda la Gran Bretaña le temian. Amadís dijo al Rey: «Señor, pues vuestra voluntad es satisfecha é la dueña quita, á Dios quedeis encomendado, é vos sois el rey á quien yo ante serviria.—¡Ay amigo! dijo el Rey, esta ida no faréis vos tan presto, si me no quisiédes hacer gran pesar.» Dijo él: «Dios me guarde deso; antes tengo en corazon de os servir, si yo fuese tal que lo mereciese.—Pues así es, dijo el Rey, ruégoos mucho que quedeis hoy aquí.» El lo otorgó, sin mostrar que le placia. El Rey lo tomó por la mano é llevólo á una cámara, donde le hizo desarmar, é donde todos los otros caballeros que allí de gran cuenta venian se desarmaban; que este era el Rey que mas los honraba é mas dellos tenia en su casa; é fizole dar un manto que cobriese, é llamando al rey Arban de Norgales é al conde de Glocestre, díjoles: «Caballeros, faced compañía á este caballero, que bien parece de compañía de hombres buenos.» Y él se fué á la Reina é dijole que tenia en su casa al buen caballero que la batalla venciera. «Señor, dijo la Reina, mucho me place; é ¿sabeis cómo ha nombre?—No, dijo el Rey; que por el prometimiento que fice no lo he osado preguntar.—Por ventura, dijo ella, si será el hijo del rey Perion de Gaula?—No sé, dijo el Rey.—Aquel escudero, dijo la Reina, que con Mabilia está hablando anda en busca dél, é dice que ha hallado nuevas que venia á esta tierra.» El Rey le mandó llamar é dijole: «Venid en pos de mí, é sabré si conoceis un caballero que en mi palacio está.»

Gandalin se fué con el Rey, é como él sabia lo que habia de hacer, tanto que vió á Amadís fincó los hinojos ante él, é dijo: «¡Ay señor Amadís! mucho há vos demandado.—Amigo Gandalin, dijo él, tú seas bien venido; é ¿qué nuevas hay del rey de Escocia?—Señor, dijo él, muy buenas, é de todos vuestros amigos.» El Rey lo abrazó é dijo: «Agora, mi señor, no es menester de os encobrir; que vos sois aquel Amadís, hijo del rey Perion de Gaula, é la vuestra conocencia é suya fué cuando matastes en batalla aquel preciado rey Abies de Irlanda, por donde le restituistes en su reino, que ya casi perdido tenia.» Entonces se llegaron todos por lo ver mas que ante; que ya dél sabian haber fecho tales cosas en armas cuales otro ninguno podia hacer. Así pasaron aquel dia, faciéndole todos mucha honra, é la noche venida, lo llevó consigo á su posada el rey Arban de Norgales por consejo del Rey, é dijole que trabajase mucho como le ficiere quedar en su casa. Aquella noche albergó Amadís con el rey Arban de Norgales, muy servido é á su placer. El rey Lisuarte habló con la

Reina, diciéndole cómo no podia detener á Amadís, é que él habia mucho á voluntad que hombre en el mundo tan señalado quedase en su casa, que con los tales eran los príncipes muy honrados é temidos, y que no sabia qué manera para ello tuviese. «Señor, dijo la Reina, mal contado seria á tan grande hombre como vos, que viniendo tal caballero á vuestra casa, della se partiese sin le otorgar cuanto él demandase.—No me demanda nada, dijo el Rey, que todo gelo otorgaria.—Pues yo os diré lo que será, rogádgelo á alguno de vuestra parte, é si lo no ficiere, decilde que me venga á ver ante que se parta, é rogarle he con mi hija Oriana é con su prima Mabilia, que lo mucho conocen desde la sazón que era doncel é las servia; é decirle he que todos los otros caballeros son vuestros, é queremos que él sea de nosotras para lo que hobiéremos menester.—Mucho bien lo decis, dijo él, é por ese camino sin duda quedará; é si lo no hiciere, con razon podriamos decir ser mas corto de crianza que largo de esfuerzo. Y el rey Arban de Norgales habló aquella noche con Amadís, pero no pudo dél alcanzar ninguna esperanza que quedaria; é otro dia se fueron ambos á oír misa con el Rey, é desque fué dicha, Amadís se llegó á despedir del Rey, y el Rey le dijo: «Cierlo, amigo, mucho me pesa de vuestra ida; é por la promesa que vos fice no oso demandaros nada, que no sé si os pesaria; pero la Reina ha gana que la veais ante que os vais.—Eso faré yo muy de grado, dijo él.» Entonces le tomó por la mano é fuése donde la Reina estaba é dijole: «Ved aquí el hijo del rey Perion de Gaula.—Si me Dios salve, Señor, dijo ella, yo he mucho placer, y él sea muy bien venido.» Amadís le quiso besar las manos, mas ella lo hizo sentar cabe sí, y el Rey se tornó á sus caballeros, que muchos en el patín dejaba.

La Reina habló con Amadís en muchas cosas, é respondia muy sagazmente, é las dueñas é doncellas eran muy maravilladas en ver la su gran hermosura, y él no podia alzar los ojos que no catase á su señora Oriana, é Mabilia le vino á abrazar como si lo no hobiera visto. La Reina dijo á su hija: «Recebid vos este caballero, que vos tan bien sirvió cuando era doncel, é servirá agora cuando caballero, si le no falta mesura; é ayudadme á rogar todas lo que yo le pidiere.» Entonces le dijo: «Caballero, el Rey, mi señor, quisiera mucho que quedádes con él, é no lo ha podido alcanzar. Agora quiero ver qué tanta mas parte tienen las mujeres en los caballeros que los hombres, é ruégoos yo que seais mi caballero é de mi hija é de todas estas que aquí veis; en esto faréis mesura, é quitarnos heis de afrenta con el Rey en le demandar para nuestras cosas ningun caballero; que teniendo á vos, todos los suyos excusar podrémos.» E llegaron todas á gelo rogar. E Oriana le hizo seña con el rostro que lo otorgase. La Reina le dijo: «Pues caballero, ¿qué faréis en esto de nuestro ruego?—Señora, dijo él, ¿quién faria al sino vuestro mandado, que sois la mejor reina del mundo, demás destas señoras todas? Yo, Señora, quedo por vuestro ruego é de vuestra hija, y despues, de todas las otras; mas dígovos que no seré de otro sino vuestro, é si al Rey en algo sirviere, será como vuestro, é no como suyo.—Así vos recibimos yo é todas las otras,» dijo

la Reina. Luego lo envió decir al Rey, el cual fué muy alegre, y envió al rey Arban de Norgales que gelo trajese, é así lo fizo; é venido ante él, abrazándolo con gran amor, le dijo: «Amigo, agora soy muy alegre en haber acabado esto que tanto deseaba, é cierto yo tengo gana que de mí recibais mercedes.» Amadís gelo tuvo en merced señalada. Desta manera que ois quedó Amadís en la casa del rey Lisuarte por mandado de su señora.

Aquí el autor deja de contar desto, é torna la historia á hablar de don Galaor. Partido don Galaor de la compañía del duque de Bristoya, donde le ficiera tanto enojo el Enano, fuése por aquella floresta que llamaban Arnida, é anduvo fasta cerca hora de visperas sin saber dónde fuese, ni fallar poblado alguno, é aquella hora él alcanzó un gentil escudero que iba encima de un muy galan rocín; y el caballero Galaor, que una muy grande é terrible llaga llevaba, la cual uno de los tres caballeros que el Enano á la barca trajo le ficiera, é cumpliendo su voluntad con la doncella, se le habia mucho empeorado, dijole: «Buen escudero, ¿sabriades me decir dónde podria ser curado de una ferida?—Un lugar sé yo, dijo el escudero; mas allí no osan ir tales como vos; é si van, salen escarnidos.—Dejemos eso, dijo él; ¿habria allí quien de la llaga me curase?—Antes creo, dijo él, que hallaréis quien otras os faga.—Mostradme dónde es, dijo Galaor, é veré de qué me quereis espantar.—Eso no faré yo, si no quisiere, dijo él.—O tú lo mostrarás, dijo Galaor, ó yo te faré que lo muestres; que eres tan villano, que cosa que en tí se faga la mereces con razon.—No podeis vos hacer cosa, dijo él, por donde á tan mal caballero é tan sin virtud yo faga placer.» Galaor metió mano á su espada por le poner miedo, é dijo: «O me tú guiarás, ó dejarás aquí la cabeza.—Yo vos guiaré, dijo el escudero, donde vuestra locura sea castigada, é yo vengado de lo que me faceis.» Entonces fué por el camino, é Galaor en pos dél fuera de camino; é andando cuanto una legua, llegaron á una hermosa fortaleza, que era en un valle cubierto de árboles. «Veis aquí, dijo el escudero, el lugar que os dije; déjame ir.—Véte, dijo él; que poco me pago de tu compañía.—Menos os pagaréis della, dijo él, antes de mucho.» Galaor se fué contra la fortaleza, é vió que era nuevamente fecha, é llegando á la puerta, vió un caballero bien armado en su caballo, é con él cinco peones, asimismo armados; é dijeron contra Galaor: «¿Sois vos el que trajo nuestro escudero preso?—No sé, dijo él, quién es vuestro escudero; mas yo fice venir aquí uno, lo peor é de peor talante que nunca en hombre vi.—Bien puede ser eso, dijo el caballero; mas vos ¿qué demandais aquí?—Señor, dijo Galaor, ando mal llagado de una ferida, é querria que me curasen della.—Pues entrad,» dijo el caballero. Galaor fué adelante, é los peones le acometieron por un cabo, y el caballero por el otro, é fué para él un villano; é Galaor, sacándole de las manos una hacha, tornó al caballero, é dióle con ella tan gran golpe, que no hubo de menester maestro; é dió por los peones de tal guisa, que mató los tres dellos, é los dos fuyeron al castillo, é Galaor en pos dellos, é su escudero le dijo: «Tomad, Señor, vuestras armas; que muy gran vuelta oigo en el castillo.» El así lo hizo, y el escudero tomó un escudo de los muertos é una hacha é dijo: «Señor, con-

tra los villanos ayudarvos he; pero en caballero no porné mano; que perderia para siempre de no ser caballero.» Galaor le dijo: «Si yo fallo el buen caballero que busco, presto te haré caballero.» E luego fueron adelante, é vieron venir dos caballeros é diez peones, é tornaron á los dos que fuian; y el escudero que allí á Galaor guiara estaba á una ventana dando voces, diciendo: «Mataldo, mataldo; mas guardad el caballo é será para mí.» Galaor cuando esto oyó, crecido de gran enojo, se dejó correr contra ellos, é ellos á él, é quebraron sus lanzas; pero al que Galaor encontró no hobo de menester tomar armas, é tornó contra el otro la espada en la mano con gran ardimento, é del primero golpe que le dió lo derribó del caballo é tornó muy presto contra los peones, é vió cómo el escudero habia muerto dos dellos, y él le dijo: «Mueran todos; que traidores son.» E así lo hicieron, que ninguno escapó.

Cuando esto vió el escudero, que á la ventana estaba mirando, fué sobir á gran priesa contra una torre por una escalera, diciendo á voces: «Señor, armadvos; si no, muerto sois.» Galaor fué para la torre, é ante que llegase vió venir un caballero todo armado, é al pié de la torre le tenían un caballo, é queria cabalgar. Galaor, que del suyo descendiera porque no pudo entrar so un portal, llegó á él, é trabando de la rienda, dijo: «Caballero, no cabalguéis; que no soy de vos asegurado.» El caballero volvió á él el rostro, é dijo: «¿Vos sois el que ha muerto mis cohermanos é la gente deste mi castillo?» No sé por quién decís, dijo Galaor; mas dígoos que aquí he fallado la peor gente é mas falsa que nunca vi.—Por buena fe, dijo el caballero, el que vos matastes mejor es que vos, é vos lo compraréis caramente.» Entonces se dejaron ir el uno al otro, así á pié como estaban, é hobieron su batalla muy cruda, que mucho era el buen caballero del castillo, é no habia hombre que lo viese que se no maravillase. E así anduvieron firiéndose una gran pieza; mas el caballero, no pudiendo ya sufrir los grandes é duros golpes de Galaor, comenzó á huir, y él en pos dél; é así fué so un portal, pensando saltar de una finiestra á un andamio, é con el peso de las armas no pudo saltar adonde queria, é hobo de caer ayuso en unas piedras, é tan alto era, que se fizo pedazos; é Galaor, que así lo vió caer, tornóse, maldiciendo el castillo é los moradores. Así estando, oyó voces en una cámara, que decían: «Señor, por merced, no me dejéis aquí.» Galaor llegó á la puerta é dijo: «Pues abrid.» E dijo: «Señor, no puedo; que soy presa en una cadena.» Galaor dió del pié á la puerta, é derribándola, entró dentro, é falló una hermosa dueña, que tenia á la garganta una cadena gruesa, é díjole ella: «Señor, ¿qué es del señor del castillo é de la otra gente?» El dijo: «Todos son muertos;» é que él viniera allí á buscar quien de una llaga lo curase.—Yo vos curaré, dijo ella, é sacadme deste cativerio.» Galaor quebró el candado é sacó la dueña de la cámara; pero antes ella tomó de una arqueta dos bujetas que allí el señor del castillo tenia, con otras cosas para aquel menester, é fuéronse á la puerta del castillo; é allí halló Galaor el primero con que justara, que aun estaba bullendo, é trajo su caballo por cima dél una pieza, é salieron fuera del castillo. Galaor cató la dueña é vió que era

á maravilla hermosa, é díjole: «Señora, yo os delibré de prision, é soy yo en ella caído si me vos no acorreis.—Acorreré, dijo ella, en todo lo que mandádes; que si de otra guisa lo hiciere, del mal conocimiento seria, segun la gran tribulacion donde me sacaste.» Con estas tales razones amorosas é de buen talante, é con las mañas de don Galaor, é con las de la dueña, que por ventura á ellas conformes eran, pusieron en obra aquello que no sin gran empacho debe ser en escrito puesto. Finalmente, aquella noche albergaron en la floresta con unos cazadores en sus tendejones, é allí le curó la dueña de la herida é del buen deseo que le habia mostrado; é contóle cómo siendo ella hija de Telojs el flamenco, á quien entonces habia dado el rey Lisuarte el condado de Ciara, é de una dueña que por amiga habia tenido; «y estando hí, dijo ella, con mi madre en un monesterio que es cerca de aquí, aquel soberbio caballero que matastes me demandó en casamiento, é porque mi madre lo despreció, aguardó un dia que yo folgaba con otras doncellas, é tomóme é llevóme en aquel castillo, é poniéndome en aquella muy áspera prision, me dijo: Vos me desechastes de marido, en que mi fama é honra fué de vos muy menoscabada, é dígovos que d' aquí no saldréis fasta que vuestra madre é vos é vuestros parientes me rueguen que vos tome por mujer. E yo, que mas que otra cosa del mundo lo desamaba, tomé por mejor remedio, confiando en la merced de Dios, de estar allí en aquella pena algun tiempo, que para siempre la tener siendo con él casada.—Pues señora, dijo Galaor, ¿qué haré de vos; que yo ando mucho camino, y en cosa que os seria enojo aguardarme?—Que me lleveis, dijo ella, al monesterio donde es mi madre.—Pues guiad, dijo Galaor, é yo os seguiré.» Entonces entraron en el camino, é llegaron al monesterio ante que el sol puesto fuese, donde así la doncella como Galaor fueron con mucho placer rescebidos, é muy mejor desque la doncella les contó las extrañas cosas que en armas habia fecho. Allí reposó Galaor á ruego de aquellas señoras.

El autor aquí deja de contar desto, é torna á hablar de Agrájes, de lo que le sucedió despues que vino de la guerra de Gaula.

CAPITULO XVI.

En que trata lo que á Agrájes avino despues que vino de la guerra de Gaula, é algunas cosas de las que hizo.

Agrájes, vuelto de la guerra de Gaula al tiempo que Amadís habiendo en batalla muerto al rey Abies de Irlanda, é haberse conocido con su padre é madre, como se os ha contado; teniendo aparejado para en Nuruega pasar, donde su señora Olinda era, fué un dia á correr monte, é seyendo en la ribera de la mar encima de una peña, súpitamente un granizo con grandísimo viento sobrevino, de que la mar en desigualada manera embravecer hizo; por lo cual una nao revuelta muchas veces con la fuerza de las ondas en peligro de ser anegada vió. A gran piedad él movido, la noche viniendo, grandes fuegos fizo encender, porque la señal dellos causa de la salvacion de la gente de la nao fuese; atendiendo él allí la fin que de aquel peligro redundase.

Finalmente, la fuerza de los vientos, la sabiduría de los mareantes, é sobre todo, la misericordia del verdadero Señor, aquella fusta que muchas veces por perdida se tuvo, al puerto, siendo salva, ficieron arribar, de donde sacadas unas doncellas con gran turbacion del presente peligro, á Agrájes, que encima de las peñas estaba dando voces á sus moneros que con gran diligencia los ayudasen, fueron entregadas; el cual las envió á unas caserías cerca, donde su albergue tenia.

Pues salida la gente de la nao, é aposentados en aquellas casas, despues de haber cenado al derredor de los grandes fuegos que Agrájes les mandara facer, muy fieramente dormian. En este medio tiempo aposentadas las doncellas por su mandado en la su misma cámara, porque mas honra é servicio rescibiesen, aun por él no eran vistas; mas seyendo ya la gente aseogada, como caballero mancebo, deseoso de ver mujeres, mas para las servir é honrar que para facer su corazon sujeto en otra parte que ante estaba, quiso por entre las puertas de la cámara ver lo que facian; é viéndolas seer á derredor de un fuego hablando con mucho placer en el remedio del peligro pasado, conoció entre ellas á aquella hermosa infanta Olinda, su señora, hija del rey de Nuruega, por quien él, así en el reino de su padre como en el suyo della, y en otras partes, muchas cosas en armas habia fecho; aquella que su corazon, seyendo libre, con tanta fuerza cativado é sojuzgado tenia, que atormentado de grandes congojas é cuidados, muchas de sus fuerzas quebradas eran, atrayendo á sus ojos infinitas lágrimas. Pues alterado con tal vista, ocurriéndole en la memoria en el gran peligro que la viera, é la parte donde sin él la veia, como fuera de sentido, dijo: «Ay santa María! valme, que esta es la señora de mi corazon.» Lo cual por ella oído, no sospechando lo que era, á una su doncella mandó saber qué fuese aquello. Esta pues, abriendo la puerta, allí á Agrájes como transportado vió estar; el cual faciéndosele conocer, y ella diciéndolo á su señora, no menos alegre se faciendo que él estaba, le mandó allí entrar; donde, despues de muchos autos amorosos entre ellos pasados, dando fin á sus grandes deseos, aquella noche con gran placer é gran gozo de sus ánimos pasaron; y estuvo allí aquella compañía en mucho descanso seis dias, en tanto que la mar amansada fuese; é todos ellos tuvo Agrájes con su señora, sin que persona de los unos ni otros lo sintiesen, sino sus doncellas. Pues entonces supo él cómo Olinda pasaba á la Gran Bretaña por vivir en la casa del rey Lisuarte con la reina Brisena, donde su padre la enviaba, y él le dijo cómo estaba aparejado para pasar en Nuruega, donde ella era; é que pues Dios le habia dado tal dicha, que su viaje se volveria donde el suyo era por la servir, é ver á su cohermano Amadís, que él allí pensaba fallar. Olinda gelo gradeció mucho, é le rogó é mandó que así lo ficiere.

Esto concertado en cabo de aquellos seis dias, seyendo la mar en tanta bonanza que sin ningun peligro por ella navegar podrian, acogéronse todos á la mar. Despidiéndose de Agrájes, fueron su via, é sin entevalo alguno que estorbo les diese, llegaron en la Gran Bretaña, donde de la mar salidos, é á la isla de Vindilisora llegados, donde el rey Lisuarte era, así dél, como de la

Reina é de su hija, é de todas las otras dueñas é doncellas, Olinda muy bien rescebida fué, considerando ser de tan alto lugar é sobrada fermosura. Agrájes, que en la ribera del mar quedara mirando aquella nao en que aquella su muy amada señora iba, cuando la hobo perdido de vista tornóse á Briantes, aquella villa donde el rey Languines, su padre, era; é fallando allí á don Galvanes Sin-tierra, su tío, habló que seria bueno irse á la corte del rey Lisuarte, donde tantos caballeros buenos vivian, porque allí mas que en otra parte honra é fama podrian ganar, lo cual se perdía todo en aquella tierra, donde no podian ejercitar sus corazones sino con gentes de poco prez de armas. Don Galvanes, que buen caballero era, deseoso de ganar honra, no le empiendo ningun señorío que de gobernar hobiese, porque él no poseia sino solamente un castillo, tomó por bien de facer aquel camino que Agrájes, su sobrino, le dijera; é despedidos del rey Languines, entrando en la mar, solamente consigo llevando sus armas é caballos é sendos escuderos, el tiempo enderezado que facia los arribó en poco espacio de tiempo en la Gran Bretaña en una villa que habia nombre Bristoya, é de allí partiendo, é caminando por una floresta, á la salida della encontraron una doncella, la cual les preguntó si sabian que aquel camino fuese á la peña de Galtáres.—No, dijeron ellos; mas ¿por qué lo preguntais? dijo Agrájes.—Por saber, dijo ella, si fallaré ahí un buen caballero que me porná remedio á una gran cuita que conmigo traigo.—Errada is, dijo Agrájes; que en esa peña que vos decís no fallaréis otro caballero sino aquel bravo gigante Albadan; que si vos cuita llevais, segun sus malas obras, él la doblará. Si vos supiédeses lo que yo, no lo terníades, dijo ella, por yerro; que el caballero que yo demando se combatió con ese gigante, é lo mató en batalla de uno por otro.—Cierto, doncella, dijo Galvanes, maravillas nos decís; que ningun caballero con ningun gigante se tomase, ende mas con aquel, que es el mas bravo y esquivo que hay en todas las ínsulas del mar; si no fué el rey Abies de Irlanda, que se combatió con uno, él armado y el gigante desarmado, é lo mató, é aun así lo tuvieron á la mayor locura del mundo.—Señores, dijo la doncella, mas á guisa de buen caballero lo fizo este otro que yo digo.» Entonces les contó cómo fuera la batalla, é ellos fueron maravillados; é Agrájes preguntó á la doncella si sabia el nombre del caballero que tal esfuerzo acometiera.—Sé, dijo ella.—Pues ruégovos mucho, dijo Agrájes, por cortesía, que nos lo digais.—Dígovos, dijo ella, que ha nombre don Galaor, y es fijo del rey de Gaula.» Agrájes se estremeció todo é dijo: «Ay doncella! cómo me decís las nuevas del mundo que mas alegre me hacen, en saber de aquel cohermano que mas por muerto que por vivo tenia.» Entonces contó á don Galvanes lo que sabia de Galaor; cómo lo tomara el Gigante, é que hasta allí no supiera del ningunas nuevas. «Cierto, dijo Galvanes, la vida dél é de su hermano Amadís no ha seido sino maravilla, y el comienzo de sus armas tanto, que dudo si en el mundo otros que á ellos iguales fuesen se podrian fallar.» Agrájes dijo á la doncella: «Amiga, ¿qué quereis vos á ese caballero que buscais?—Señor, dijo ella, querria que acorriese á una doncella que por él es presa, é fizola prender un ena-

no traidor, la mas falsa criatura que hay en todo el mundo.»

Entonces les contó todo cuanto á Galaor con el Enano le avino, así como es ya contado; pero de lo de Aldeva, su amiga, no les dijo nada; «é, señores, porque la doncella no quiere otorgar con lo que el Enano dice, el duque de Bristoya jura que la hará quemar de aquí á diez dias, y esto es gran cuita de las otras dueñas, si la doncella, con miedo de la muerte, quiera condenar alguna dellas, diciendo que llevó á Galaor allí á aquella fin; y de los diez dias son pasados los cuatro. — Pues que así es, dijo Agrájes, no paseis mas adelante; que nos haremos lo que Galaor haría, si no fuere en fuerza, será en voluntad; é agora nos guiad en el nombre de Dios.» La doncella tornó por el camino que había venido, y ellos, la seguian, y llegaron á la casa del Duque el dia antes que la doncella habian de quemar, á la sazón que el Duque se asentaba á comer; y descendiendo de los caballos, entraron así armados donde él estaba. El Duque los saludó, y ellos á él, é dijoles que comiesen. «Señor, dijeron ellos, antes vos dirémos la razon de nuestra venida.» E don Galvanes le dijo: «Duque, vos tenéis una doncella presa por palabras falsas é malas que vos dijoun enano; mucho vos rogamos la mandeis soltar, pues no os tiene culpa; é si sobre esto fuere menester batalla, nos lo defenderémos á otros dos caballeros que la recuesta tomar querrán. — Mucho habeis dicho,» dijo el Duque; é mandó llamar al Enano é dijole: «¿Qué dices á esto que estos caballeros dicen, que me heciste prender la doncella con falsedad, é que lo pornán en batalla? Dígote que conviene que hayas quien te defienda. — Señor, dijo el Enano, yo habré quien faga verdad cuanto yo dije.» Entonces llamó á un caballero, su sobrino, que era fuerte y membrudo, que no parecia haber deudo con él, é dijole: «Sobrino, conviene que mantengas mi razon contra estos caballeros.» El sobrino dijo: «Caballeros, ¿qué decis vos contra este leal enano, que tomó gran deshonra del caballero que la doncella aquí trajo? Por ventura sois vos, y probaros—y-e que él fizo tuerto al Enano, y que la falsa doncella debe morir porque lo metió en la cámara del Duque.» Agrájes, que mas se aquejaba, dijo: «Cierto, de nos no es ninguno aquel, aunque le querriamos parecer en sus hechos, ni él no hobo tuerto, é yo vos lo combatiré luego; é la doncella digo que no debe morir, y que el Enano fué contra ellos desleal. — Pues luego sea la batalla,» dijo el sobrino del Enano; é pidiendo sus armas, se armó é cabalgó en un buen caballo, é dijo contra Agrájes: «Caballero, agora Dios mandase que fuédeses vos el que aquí trajo la doncella, que yo le haria comprar su desmesura. — Cierto, dijo Agrájes, él se ternia en poco de se combatir con tales dos como vos sobre cualquier razon, cuanto mas sobre esta, en que derecho manternia.» El Duque dejó de comer é fuése con ellos, y metiólos en un campo, donde ya algunas otras pruebas fueron allí lidiadas, é dijoles: «La doncella que yo tengo presa no pongo en razon de vuestra batalla, pues que á ella no atañe el tuerto que el Enano rescibió. — Señor, dijo Agrájes, vos la prendistes por lo que el Enano dijo; é yo digo que vos dijo falsedad; é si yo este caballero venciere, que mantiene su razon,

dárnosla heis con derecho. — Ya os dije lo mio, dijo el Duque, é no haré mas.» E saliéndose de entre ellos, se fueron á acometer á gran correr de los caballos, é firieronse bravamente de las lanzas, que luego fueron quebradas, é juntados de los cuerpos de los caballos y de los escudos, é cayeron ellos á sendas partes, y cada uno se levantó bravamente, é con gran saña que se habian pusieron mano á sus espadas é acometiéronse á pié, dándose tan grandes é duros golpes, que todos los que miraban eran maravillados. Las espadas eran cortadoras é los caballeros de gran fuerza, y en poca de hora fueron sus armas de tal guisa paradas, que no habia en ellas mucha defensa; los escudos eran cortados por muchas partes, é los yelmos abollados. Galvanes, que vió andar á su sobrino esforzado é ligero é mas cometedor que el otro, fué muy alegre, é si ante lo preciaba, agora mucho mas; é Agrájes tenia tal maña, que aunque al comienzo muy vivo se mostrase, por donde parecia ser muy presto cansado, manteníase en tal forma en su fuerza, que mucho mas ligero y cometedor se mostraba al cabo; así que, en algunas partes fué al principio en tan poco tejido, que al fin hobo la vitoria de la batalla; pues así lo catando, Galvanes vió cómo el sobrino del Enano se tiró afuera é dijo contra Agrájes: «Asaz nos combatimos, é paréceme que no es culpado el caballero por quien vos combatis ni mi tio el Enano; que de otra guisa la batalla no durara tanto; é si quisiéredes, pártase, dando por leal al caballero é al Enano. — Cierto, dijo Agrájes, el caballero es leal y el Enano falso é malo, é no vos dejaré fasta que vuestra boca lo diga, é punad de vos defender.» El caballero mostró su poder, mas poca pro le tuvo, que era ya llagado mucho, é Agrájes lo feria de grandes golpes é á menudo, y el caballero no entendia en al sino en se cubrir de su escudo. Cuando el Duque así lo vió en aventura de muerte hobo gran pesar, que lo mucho amaba, é fuése yendo contra su castillo por lo no ver matar, é dijo: «Agora juro que no faré á caballero andante sino todo escarnio. — Loca guerra cometistes, dijo Galvanes, en vos tomar con los caballeros andantes, que quieren emendar los tuertos.» A esta sazón vino á caer á los piés de Agrájes el caballero, y él le tiró el yelmo é dióle grandes golpes de la manzana de la espada en el rostro, é dijo: «Conviene que digais que el Enano fizo tuerto al caballero. — ¡Ay buen caballero! dijo el otro, no me mateis, é yo digo del caballero por que vos combatis que es bueno y leal; é prométovos de hacer quitar la doncella de prision, mas por Dios, no querais que diga del Enano, que es mi tio y me crió, que es falso.» Esto oian todos los que al derredor miraban. Agrájes hobo duelo del caballero é dijo: «Por el Enano no faria yo nada; mas por vos, que os tengo por buen caballero, faré tanto, que os daré por quito, quitando á la doncella de la prision á vuestro poder.» El caballero lo otorgó. El Duque, que nada desto oia, iba ya cerca del castillo, é tomólo Galvanes por el freno, é mostróle al sobrino del Enano á los piés de Agrájes, é dijo: «Aquel muerto es ó vencido; ¿qué nos decis de la doncella? — Caballero, dijo el Duque, mas sois que loco si pensais que yo faga de la doncella sino lo que tengo acordado é jurado. — Y ¿qué jurastes vos? dijo Galvanes. — Que la quemaria

mañana, dijo el Duque, si me no dijese á qué metiese al caballero en mi palacio. — ¡Cómo! dijo Galvanes, ¿no nos la daréis? — No, dijo el Duque, ni os detengais mas en este lugar; si no, yo mandaré en ello al facer.» Entonces se llegaron muchos de su compañía, é Galvanes tiró la mano del freno é dijo: «Vos nos amenazais é no quitádes la doncella, que es derecho; yo os desafío por ende por mí é por todos los caballeros andantes que me ayudar quisieren. — E yo desafío á vos é á todos ellos, dijo el Duque, y en mal punto andarán por mi tierra.» Don Galvanes se tornó donde Agrájes estaba, é dijo lo que con el Duque pasara, é cómo eran sus desafiados, de que fué muy sañado, é dijo: «Tal hombre como este, en que derecho no se puede alcanzar, no debria ser señor de tierra.» E cabalgando en su caballo, dijo contra el sobrino del Enano: «Miémbreos lo que me prometistes en lo de la doncella, é cumplidlo luego á vuestro poder. — Yo faré todo lo que en mí es,» dijo él.

Esto era ya cerca de visperas, que á tal hora se partió la batalla, é luego se partieron de allí y entraron en una floresta que llamaban Arunda, é dijo Galvanes: «Sobrino, nos hemos desafiado al Duque, aguardemos aquí y prenderlo hemos, é alguno otro de que pasare. — Bien es,» dijo Agrájes. Entonces se desviaron de la carrera, y metiéronse en una mata espesa, é allí descendieron de los caballos, y enviaron los escuderos á la villa, que les trajesen lo que habian menester. Así albergaron aquella noche.

El Duque fué muy sañado contra la doncella mas que antes, é fizola venir ante sí é dijole que curase de su alma, que otro dia seria quemada si luego no le dijese la verdad del caballero; pero ella no quiso decir nada. El sobrino del Enano hincó los hinojos ante el Duque, é dijole la promesa que hiciera, rogándole por Dios que la doncella le diese; mas esto fuera excusado, que antes perdiera todo su estado que quebrar lo que jurara; al caballero pesó mucho, porque quisiera quitar su homenaje. Pues otro dia de mañana mandó el Duque traer ante sí la doncella é dijo: «O escoged en el fuego, ó en decir lo que os pregunto; que de una destas no podeis escapar.» Ella dijo: «Faréis vuestra voluntad, mas no razon.» Entonces la mandó el Duque tomar á doce hombres armados, é dos caballeros armados con ellos, y él cabalgó en un gran caballo, solamente un baston en la mano, é fuése con ellos á quemar la doncella á la orilla de la floresta. E allí llegados, dijo el Duque: «Agora le poned fuego, é muera con su porfia.» Esto todo vieron muy bien don Galvanes é su sobrino, que estaban en reguarda, no de aquello, mas de otra cualquiera cosa en que al Duque enojár pudiesen; et como armados estaban, cabalgaron presto, é mandaron á un escudero que no entendiese sino en tomar la doncella é la poner en salvo; é partiendo para allá, vieron el fuego, é cómo querian ya la doncella echar; mas ella hobo tan gran miedo, que dijo: «Señor, yo diré la verdad.» Y el Duque se allegaba por la oír. Vió cómo venian por el campo don Galvanes é Agrájes, y decian á grandes voces: «Dejaros conviene la doncella.» Los dos caballeros sañeron á ellos, é encontráronse con sus lanzas muy bravamente; pero los caballeros del Duque fueron am-

bos á tierra, y el que Galvanes derribó no hobo menester maestro. El Duque metió su compañía entre sí y ellos, é Galvanes le dijo: «Agora verás la guerra que tomaste.» Y dejáronse á él ir; y el Duque dijo á sus hombres: «Matadles los caballos, é no se podrán ir.» Mas los caballeros se metieron entre ellos tan bravamente, hiriendo á todas partes con sus espadas é tropeándolos con los caballos; así que, los esparcieron por el campo, los unos muertos é los otros tollidos, é los que quedaban huyeron á mas andar. Cuando esto vió el Duque, no fué seguro, é comenzó de ir contra la villa cuanto mas pudo, é Galvanes fué tras él una pieza, diciendo: «Estad, señor Duque, é veréis con quién tomastes homecillo.» Mas él no hacia sino huir é llamar á grandes voces que le corriessen; é tornándose Galvanes é su sobrino, hallaron que el escudero tenia la doncella en su palafren, y él en un caballo de los caballeros muertos, é fuéronse con ella hácia la floresta. El Duque se armó con toda su compañía, é llegando á la floresta, no vido los caballeros, é partió los suyos cinco á cinco á todas partes, y él se fué con otros cinco por una carrera, é aquejóse mucho de andar; tanto, que siendo encima de un valle, miró abajo, é viólos cómo iban con su doncella, y el Duque dijo: «Agora á ellos, é no guarezcan.» E fueron al mas ir de los caballos. Galvanes, que así los vió, dijo: «Sobrino, parezca vuestra bondad en vos saber defender; que este es el Duque é los de su compañía; ellos son cinco, ni por eso no se sienta en nos cobardía.» Agrájes, que muy esforzado era, dijo: «Cierto, señor tio, siendo yo con vos, poco daria por cinco de los del Duque.» En esto llegó é dijoles: «En mal punto me deshonrastes, y pésame que no seré vengado en matar tales como vos.» Galvanes dijo: «Agora á ellos.» Entonces se dejaron correr unos á otros, é hirieronse de las lanzas en los escudos tan duramente, que luego fueron quebradas; mas los dos se tovieron tan bien, que los no pudieron mover de las sillas, y echando mano á sus espadas, se hirieron de grandes golpes, como aquellos que lo bien sabian hacer, é los del Duque acometian bravamente; así que, la batalla de las espadas era entre ellos brava é cruda. Agrájes fué á herir al Duque con gran saña, é hirióle la visera del yelmo, é fué el golpe tan recio, que cortándole el yelmo, le cortó las narices fasta las haces, y el Duque, teniéndose por muerto, comenzó de huir cuanto mas pudo, é Agrájes en pos dél, é no lo pudiendo alcanzar, tornó é vió cómo su tio se defendia de los cuatro, é dijo entre sí: «¡Ay Dios! guarda á tan buen caballero destes traidorés.» E fuélos herir bravamente, é Galvanes hirió al uno; así que, la espada le hizo caer de la mano, é como lo vió embarazado, tomóle por el brocal del escudo, é tiróle tan recio, que lo derribó en tierra, é vió que Agrájes derribara uno de los otros, y dejóse ir Galvanes á los dos que lo herian; mas ellos no atendieron, que huyendo por la floresta, no los pudieron alcanzar; é tornando donde la doncella era, le preguntaron si había hí cerca algun poblado. «Sí, dijo ella, que hay una fortaleza de un caballero que se llama Olivas, que por ser enemigo del Duque por un cohermano que le mató, vos acogerá de grado.» Entonces los guió hasta que á ella llegaron. El caballero los aco-

gió muy bien, é mucho mejor cuando supo lo que les acaesciera.

Pues otro día se armaron é tomaron su camino; mas Olivas los sacó aparte é dijoles: «Señores, el Duque me mató un primo cohermano, buen caballero á mala verdad, é yo quiero lo reutar ante el rey Lisuarte; demándovos consejo é ayuda como á caballeros que se andan poniendo en las grandes afrentas por mantener lealtad é hacer que la mantengan los que sin temor de Dios ni de sus vergüenzas la quebrantan. — Caballero, dijo Galvanes, obligado sois á la demanda de muerte que decis, si feamente se hizo, é nosotros á vos ayudar, si menester fuere, teniendo vos á ello justa causa; é así lo harémos si el Duque en la batalla algunos caballeros querrá meter; porque como vos lo desamamos, é somos sus desafiados. — Mucho vos lo agradezco, dijo él, é querríame ir con vos. — En el nombre de Dios,» dijeron ellos. Entonces se armó é metióse con ellos en el camino de Vindilisora, donde al rey Lisuarte cuidaban hallar.

CAPÍTULO XVII.

Cómo Amadís era muy bienquisto en casa del rey Lisuarte, é de las nuevas que supo de su hermano Galaor.

Contado se os ha cómo Amadís quedó en casa del rey Lisuarte por caballero de la Reina al tiempo que en la batalla mató aquel soberbio é valiente Dardan, é allí así del Rey como de todos era muy amado é honrado; é un día envió por él la Reina para le hablar, y estando ante ella, entró por la puerta del palacio una doncella, é hincando los hinojos ante la Reina, dijo: «Señora, ¿es aquí un caballero que trae las armas de leones?» Ella entendió luego que lo decía por Amadís, é dijo: «Doncella, ¿qué lo quereis? — Señora, dijo ella, yo le trayo mandado de un novel caballero que ha hecho el mas alto é grande comienzo de caballería que nunca hizo caballero en todas las insolas. — Mucho decis, dijo la Reina, que muchos caballeros hay en las insolas, é vos no sabréis hacienda de todos. — Señora, dijo la doncella, verdad es; mas cuando supiédes lo que este hizo otorgaréis en mi razon. — Pues ruégovos, dijo la Reina, que lo digais. — Si yo viese, dijo ella, el muy buen caballero que él mas que todos los otros precia, yo le diría esto é otras muchas cosas que le manda decir.» La Reina, que hobo talante de lo saber, dijo: «Veis aquí el buen caballero que demandais, é dígovos verdaderamente que él es. — Señora, dijo la doncella, yo lo creo; que tan buena señora como vos no diría sino verdad.» E dijo contra Amadís: «Señor, el fermoso doncel que fecistes caballero ante el castillo de Bradoid cuando vencistes los dos caballeros de la puente é los tres de la calzada, y prendistes el señor del castillo é sacastes por fuerza de armas al amigo de Urganda, manda se vos encomendar, así como aquel que os tiene en lugar de señor; y enviaos decir que él punará de ser hombre bueno ó pagará con la muerte; é que si él fuere tal en el prez, en la honra de caballería, que os dirá de su hacienda mas de lo que agora vos sabeis, é si tal no saliere que le debais preciar, que se callará.» En esto Amadís se membró luego que era su hermano, é las lágrimas le vinieron á los ojos, en que pararon mientes todas las dueñas é doncellas que ahí estaban, é su se-

ñora mas que todas, de que muy maravillada fué, considerando si por ella le podria venir cuita tal que llorar le ficiese; que aquello no de dolor, mas de gran placer, le aviniera. La Reina dijo: «Agora nos decid el comienzo del caballero que tanto loais. — Señora, dijo la doncella, el primer lugar donde recuesta tomó fué en la peña de Galtáres, combatiéndose con aquel bravo y fuerte Albadan llamado, el cual en campo de uno por otro venció é mató.» Entonces contó la batalla como pasó, y ella lo viera, é la razon por qué fuera. La Reina é todos fueron mucho maravillados de cosa tan extraña. «Doncella, dijo Amadís, ¿sabeis vos contra dónde fué el caballero cuando el Gigante mató? — Señor, dijo ella, yo me partí dél despues que la batalla venció, y le dejé con otra doncella, que lo habia de guiar á una su señora que la allí enviara, y no os puedo decir mas.» E partióse de allí. La Reina dijo: «Amadís, ¿sabeis quién sea aquel caballero? — Señora, sé, aunque lo no conozco.» Entonces le dijo cómo era su hermano, é como lo llevara el Gigante siendo niño, é lo que Urganda de él le dijera. «Cierto, dijo la Reina, extrañas dos maravillas son la crianza vuestra é suya, é cómo pudo ser que á vuestro linaje conociédeses, ni ellos á vos; é mucho me placiera de ver tal caballero en compañía del Rey mi señor.» Así estovieron hablando, como ois, una gran pieza; mas Oriana, que léjos estaba, no oia nada dello, y estaba muy sañuda porque viera á Amadís llorar, é dijo contra Mabilia: «Llamad á vuestro primo, é sabrémos qué fué aquello que le avino.» Ella lo llamó, é Amadís se fué para ellas, é cuando se vió ante su señora todas las cosas del mundo se le pusieron en olvido; é dijo Oriana con semblante airado é turbado: «¿De quién os membrastes con las nuevas de la doncella, que os hizo llorar?» El se lo contó todo como á la Reina lo dijera. Oriana perdió todo su enojo, é tornó muy alegre, é dijole: «Mi señor, ruégovos que me perdoneis, que sospeché lo que no debía. — ¡Ay señora! dijo él, no hay que perdonar, pues que nunca en mi corazon entró saña contra vos.» Demás de esto, le dijo: «Señora, ¿plégavos que vaya buscar á mi hermano, é lo traya aquí en vuestro servicio; que de otra guisa no verná él.» Y esto decía Amadís por le traer, que mucho lo deseaba, é porque le parecía que no holgaria mucho sin buscar algunas aventuras donde prez é honra ganase. Oriana le dijo: «Así Dios me ayude, yo seria muy alegre que tal caballero aquí viniese, é morásedes de consuno, é otórgovos la ida; mas decidlo á la Reina, é parezca que por su mandado is.» El gelo gradeció muy homildosamente, y fuése á la Reina é dijo: «Señora, bien seria que hobiésemos aquel caballero en compañía del Rey. — Cierto, dijo ella, yo seria dello muy alegre si se puede facer. — Si puede, dijo él, dándome vos, Señora, licencia que lo busque é lo traya; que de otra forma no lo habrémos acá sin que mucho tiempo pase, que él haya ganado mas honra. — En el nombre de Dios, dijo ella, yo os otorgo la ida, con tal que hallándolos vengais.» Amadís fué muy alegre, é despidiéndose della y de su señora é de todas las otras, se fué á su posada, é otro día de mañana, despues de haber oído misa, armóse é subió en su caballo con solo Gandalin, que las otras armas le lle-

vaba, y entró en su camino, por donde andovo hasta la noche, que albergó en casa de un infanzon viejo.

Otro día, siguiendo el camino, entró en una floresta, é habiendo ya las dos partes del día por ella andado, vió venir una dueña que traia consigo dos doncellas é cuatro escuderos, é traian un caballero en unas andas, y ellos lloraban todos fieramente. Amadís llegó á ella é dijo: «Señora, ¿qué llevais en estas andas? — Llevo, dijo ella, toda mi cuita é mi tristura, que es un caballero con quien era casada, é va tan mal llagado, que cuido que morirá.» El se llegó á las andas é alzó un paño que las cobria, é vió dentro un caballero azaz grande é bien fecho, mas de su fermosura no parecia nada; que el rostro habia negro é hinchado y en muchos lugares ferido, é poniendo la mano en él, dijo: «Señor caballero, ¿de quién recibistes este mal?» El no respondió, é volvió un poco la cabeza. Amadís dijo á la dueña: «¿De quién hobo este caballero tanto mal? — Señor, dijo ella, de un caballero que guarda una puente acá delante por este camino, que nos queriendo pasar, dijo que ante convenia que dijese si era de casa del rey Lisuarte, é mi señor dijo que por qué lo queria saber; é el caballero le dijo: Porque no pasará por aquí ninguno que suyo sea, que lo no mate; é mi señor le preguntó que por qué desamaba tanto caballeros del rey Lisuarte. Yo le desamo mucho y le querria tener en mi poder para dél me vengar. El le respondió que por qué tanto le desamaba. Dijo él: Porque tiene en su casa el caballero que mató aquel esforzado Dardan, é por este recibirá de mí y de otros muchos deshonor. E cuando esto oyó mi marido, pesándole de aquellas palabras que el caballero decía, le dijo: Sabed que yo soy suyo é su vasallo; que por vos ni por otro no lo negaria. Entonces el caballero de la puente, con gran enojo que dél hobo, tomó sus armas lo mas presto que él pudo, é comenzaron su batalla muy cruda é fiera á maravilla, é á la fin mi Señor fué tan mal trecho como agora vos, Señor, veis, y el caballero creyó que muerto era, é mandónos que lo llevásemos á casa del rey Lisuarte en tercero día.» Amadís dijo: «Dueña, dadme uno destes escuderos que el caballero me muestre; que pues él recibió este daño por amor de mí, á mí conviene mas que á otro vengarle. — ¡Cómo! dijo ella, ¿vos sois aquel por quien él desama al rey Lisuarte? — Aquel soy yo, dijo, é si puedo, yo haré que no desame á él ni á otro. — ¡Ay buen caballero! dijo ella, ¿Dios vos guie y dé buen viaje y os esfuerce!» E dándole un escudero que con él fuese, se despidieron, é la dueña siguió su camino como ante, é Amadís el suyo; é tanto anduvo, que llegaron á la puente, é vió cómo el caballero jugaba á las tablas con otro, é luego dejó el juego, é vino contra él encima de un caballo, armado de todas sus armas, é dijo: «Estad, caballero, no entreis la puente si ante no jurais... — Y ¿qué juraré? dijo él. — Si sois de casa del rey Lisuarte; é si suyo sois, vos faré perder la cabeza. — No sé yo deso, dijo Amadís; mas dígovos que soy de su casa é caballero de la Reina su mujer; mas esto no há mucho. — ¿Desde cuándo lo sois? dijo el caballero de la puente. — Desde cuando vino hí una dueña reutada. — ¡Cómo! dijo el caballero, ¿sois vos el que por ella se combatió? — Yo la hice alcanzar su derecho, dijo Amadís. — Por mi cabeza, dijo el caba-

llero, yo vos faga perder la vuestra, si puedo; que vos matastes uno de los mejores de mi linaje. — Yo no lo maté, dijo Amadís, mas hicle quitar la soberbiosa demanda que él hacia, y él se mató, como malo descreido. — No ha eso pro, dijo el caballero; que por vos fué muerto, é no por otro, é vos moriréis por él.» Entonces movió contra él al mas correr de su caballo, é Amadís á él, é hiriéronse ambos de las lanzas en los escudos, é fueron luego quebradas, mas el caballero de la puente fué en tierra sin detenencia ninguna, de que él fué muy maravillado, que así tan ligero le derribara, é Amadís, que el yelmo se le torcia en la cabeza, enderezólo, y en tanto hobo el caballero lugar de sobir en el caballo, é dióle tres golpes de la espada antes que Amadís á la suya echáse mano; pero echando á ella mano, fué para el caballero, é hiriólo por la orilla del yelmo contra hondon, é cortóle dél una pieza, é la espada llegó al pescuezo, é cortóle tanto, que la cabeza no se pudo sofrir, y quedó colgada sobre los pechos, é luego fué muerto. Cuando esto vieron los de la puente huyeron. El escudero de la dueña fué espantado por tales dos golpes, uno de la lanza é otro de la espada. Amadís le dijo: «Agora te vé, é dí á tu señora lo que viste.» Cuando él esto oyó luego se fué su via, é Amadís pasó la puente sin mas allí se detener, é anduvo por el camino hasta que salió de la floresta, y entró en una muy hermosa vega, é muy grande á maravilla, é pagóse mucho de las yerbas verdes que vió á todas partes, como aquel que florecia en la verdura é alteza de los amores, é cató á su diestra é vió un enano de muy disforme gesto, que iba en un palafren, é llamándolo, le preguntó dónde venia. El enano le respondió é dijo: «Vengo de casa del conde de Clara. — ¿Por ventura, dijo Amadís, viste tú allá un caballero novel que llaman Galaor? — Señor, no, dijo el enano, mas sé dónde será este tercero día el mejor caballero que en esta tierra entró.» Oyendo esto Amadís dijo: «¡Ay enano! por la fe que á Dios debes llévame allá, é verlo he. — Si llevaré, dijo el enano, con tal que me otorgueis un don, é iréis conmigo donde vos le demandare.» Amadís, con gran deseo que tenia de saber de Galaor, su hermano, dijo: «Yo te lo otorgo. — En el nombre de Dios, dijo el enano, sea nuestra ida, é agora vos guiaré donde veréis el muy buen caballero é muy esforzado en armas.» Entonces dijo Amadís: «Yo te ruego por mi amor que tú me llesves por la carrera que mas ahína vayamos. — Yo lo haré,» dijo él; é luego dejaron aquel camino, é tomando otro, andovieron todo aquel día sin aventura hallar, é tomóles la noche cabe una fortaleza. «Señor, dijo el enano, aquí albergaréis, donde hay una dueña que vos hará servicio.»

Amadís llegó á aquella fortaleza é halló la dueña, que le muy bien albergó, dándole de cenar é un lecho asaz rico en que durmiese; mas eso no hizo él, que su pensar fué tan grande en su señora, que cuasi no durmió nada de la noche; é otro día, despedido de la dueña, entró en la guía del enano, é andovo hasta medio día, é vió un caballero que se combatia con dos, y llegando á ellos, les dijo: «Estad, señores, si os pluguiere, é decidme por qué os combatis.» Ellos se tiraron afuera, y el uno de los dos dijo: «Porque este dice que él solo vale tanto para acometer un gran hecho como

nos ambos.—Cierto, dijo Amadís, pequeña es la causa; que el valor de cualquiera no hace perder el del otro.» Ellos vieron que decía buena razón, y dejaron la batalla, y preguntaron á Amadís si conocía él al caballero que se combatiera por la dueña en casa del rey Lisuarte, por que fué muerto Dardan el buen caballero. «¿Por qué lo preguntais? dijo él.—Porque lo querriamos hallar, dijeron ellos.—No sé, dijo Amadís, si lo decis por bien ó mal; pero yo le vi no há mucho en casa del rey Lisuarte.» E partióse dellos é fuése su camino. Los caballeros hablaron entre sí, é dando de las espuelas á los caballos, fueron en pos de Amadís; y él, que los vio venir, tomó sus armas, é ni él ni ellos traían lanzas, que las quebraran en sus justas. El Enano le dijo: «¿Qué es eso, Señor? ¿No veis que los caballeros son tres?—No me curo, dijo él; que si me cometen á sinrazon, yo me defenderé, si pudiere.» Ellos llegaron é dijeron: «Caballero, queremos pedirnos un don, é dadnoslo; si no, no os partiréis de nos.—Antes os lo daré, dijo él, si con derecho facerío puedo.—Pues decidnos, dijo el uno, como leal caballero, dónde cuidais que fallaremos el caballero por quien Dardan fué muerto.» El, que no podia al facer sino decir verdad, dijo: «Yo soy, é si supiera que tal era el don, no vos lo otorgara por no me loar dello.» Cuando los caballeros lo oyeron, dijeron todos: «¡Ay traidor! muerto sois.» Y metiendo mano á las espadas, se dejaron á él ir muy bravamente. Amadís metió mano á su espada, como aquel que era de gran corazon, é dejóse á ellos ir muy sañudo, por los haber quitado de su batalla; é lo acometian tan malamente, é hirió al uno dellos por cima del yelmo de tal golpe, que le alcanzó en el hombro, que las armas con la carne é huesos fué todo cortado fasta decender la espada á los costados; así, quedándole el brazo colgado, cayó del caballo ayuso, é dejóse ir á los dos, que le ferian bravamente, é dió al uno por el yelmo tal golpe, que se lo fizo saltar de la cabeza, é la espada decendió fasta el pescuezo, é cortóle todo lo mas dél, é cayó el caballero; y el otro, que esto vió, comenzó de huir contra donde viniera. Amadís, que lo vió en caballo corredor, y que se le alongaba, dejó de lo seguir, é tornó á Gandalin. El Enano le dijo: «Cierto, Señor, mejor recaudo llevo para el don que me prometistes que yo creía, é agora vamos adelante.» Así fueron aquel día á albergar á casa de un ermitaño, donde hobieron muy pobre cena.

En la mañana tornó al camino por donde el Enano guiaba, é andovo hasta hora de terciá; é allí le mostró el Enano en un valle hermoso dos pinos altos, y debajo dellos un caballero todo armado sobre un gran caballo, é dos caballeros que andaban por el campo tras sus caballos, que fuian, que el caballero del pino los había derribado, é debajo del otro pino yacia otro caballero acostado sobre su yelmo, é su escudo cabe sí, é mas de veinte lanzas al derredor del pino, y cerca dél dos caballos ensillados. Amadís, que los miraba, dijo al Enano: «¿Conoces tú estos caballeros?» El Enano le dijo: «¿Veis, Señor, aquel caballero que yace acostado al pino?—Veo, dijo él.—Pues aquel es, dijo el Enano, el buen caballero que demostraros habia.—¿Sabes su nombre? dijo Amadís.—Sí, Señor, que se llama Angriote

de Estravaus, y es el mejor caballero que yo en gran parte os podría mostrar.—Agora me di por qué tiene allí tantas lanzas.—Eso vos diré yo, dijo el Enano. El amaba una dueña desta tierra, y ella no á él; pero tanto la guerreó, que sus parientes por fuerza gela metieron en poder; é cuando en su poder la hobo dijo que se tenía por el mas rico del mundo. Ella le dijo: No os ternéis por cortés en haber así una dueña por fuerza; bien me podeis haber, pero nunca de grado mi amor habréis si antes no faceis una cosa. Dueña, dijo Angriote, ¿es cosa que yo puedo facer? Sí, dijo ella. Pues mandaldo, que yo lo compliré fasta la muerte. La dueña, que lo mucho desamaba, cuidó de lo poner donde muriese ó cobrase tantos enemigos, que con ellos se defenderia dél, é mandóle que él y su hermano guardasen este valle de los pinos de todos los caballeros andantes que por él pasasen, é que les hiciesen prometer por fuerza de armas que, pareciendo en la corte del rey Lisuarte, otorgarian ser mas hermosa la amiga de Angriote que las suyas dellos; é si por aventura este caballero su hermano, que veis á caballo, fuese vencido, que no se pudiese sobre esta razon mas combatir, y toda la recuesta quedase en Angriote solo, é guardasen un año el valle; é así lo guardan los caballeros de día, é á la noche albergan en un castillo que yace tras aquel otero que veis; pero dígovos que há tres meses que lo comenzaron, que aun hasta aquí nunca Angriote metió mano en caballero; que su hermano los ha todos conquistado.—Yo creo, dijo Amadís, que me dices verdad; que yo oi decir en casa del rey Lisuarte que fuera hi caballero que otorgara aquella dueña por mas hermosa que su amiga, é cuidó que ha nombre Grovenesa.—Verdad es, dijo el Enano; y, Señor, pues cumplí con vos, tenedme lo que me prometistes, é id conmigo donde habeis de ir.—Muy de grado, dijo Amadís. ¿Cuál es la derecha carrera?—Por el valle, dijo el Enano, mas no quiero que por ella vamos, pues tal embarazo tiene.—No te cures, dijo él, deso.» Entonces se metió adelante, é á la entrada del valle halló un escudero que le dijo: «Señor caballero, no paseis mas adelante, si no otorgais que es mas hermosa la amiga de aquel caballero que al pino es acostado que la vuestra.—Si Dios quisiere, dijo Amadís, tan gran mentira nunca otorgaré, si por fuerza no me lo hacen decir ó la vida no me quitan.» Cuando esto le oyó el escudero, díjole: «Pues tornáos; si no, haberos heis con ellos de combatir.» Amadís dijo: «Si ellos me cometen, yo me defenderé, si puedo.» E pasó adelante sin temor ninguno.

CAPITULO XVIII.

De cómo Amadís se combatió con Angriote é con su hermano, los cuales guardaban un paso de un valle, en que defendían que ninguno tenia mas hermosa amiga que Angriote.

Así como el hermano de Angriote lo vió tomó sus armas é fué yendo contra él, et dijo: «Cierto, caballero, gran locura fecistes en no otorgar lo que vos demandaron; que vos habréis á combatir conmigo.—Mas me place deso, dijo Amadís, que de otorgar la mayor mentira del mundo.—E yo sé, dijo el caballero, que lo otorgaréis en otra parte donde vos será mayor vergüenza.—No lo cuido yo así, dijo él, si Dios quisiere.—Pues

guardáos,» dijo el caballero. Entonces fueron al mas correr de sus caballos el uno contra el otro, é firiéronse en los escudos, y el caballero falsó el escudo á Amadís, mas detúvose en el arnés é la lanza quebró; é Amadís lo encontró tan duramente, que lo lanzó por cima de las ancas del caballo; y el caballero, que era muy valiente, tiró por las riendas; así que, las quebró é llevólas en las manos, é dió de pescuezo y de espaldas en el suelo, é fué tan mal tratado, que no supó de sí ni de otro parte. Amadís descendió á él é quitóle el yelmo de la cabeza, é viole desacordado, que no hablaba, é tomándole por el brazo, tiróle contra sí, y el caballero acordó é abrió los ojos, é Amadís le dijo: «Muerto sois si vos no otorgais por preso.» El caballero, que la espada vió sobre su cabeza, temiendo la muerte, otorgóse por su preso. Entonces Amadís cabalgó en su caballo, que vió que Angriote cabalgaba é tomaba sus armas é le enviaba una lanza con su escudero. Amadís tomó la lanza y fué para el caballero, y él vino contra él al mas correr de su caballo, é hiriéronse con las lanzas en los escudos; así que, fueron quebradas sin que otro mal se hiciesen, é pasaron por ser muy hermosos caballeros que en muchas partes otros tales no se hallarian. Amadís echó mano á su espada é tornó el caballo contra él, é Angriote le dijo: «Estad, señor caballero; no os aquejéis de la batalla de las espadas, que bien la podréis haber, y creo que será vuestro daño (esto decía él porque pensaba que en el mundo no habia caballero mejor heridor de espada que lo era él), é justemos fasta que aquellas lanzas nos fallezcan ó el uno de nos caiga del caballo.—Señor, dijo Amadís, yo he que facer en otra parte, é no puedo tanto detenerme.—¿Cómo! dijo Angriote, ¿tan ligero os cuidais de mí partir? No lo tengo yo así; pero ruégoos mucho que antes de las espadas justemos otra vez.» Amadís se lo otorgó, pues que le placía, é luego se fueron ambos é tomaron sendas lanzas, las que les mas contentaron, é alongándose uno de otro, se dejaron venir contra sí, é firiéronse de las lanzas muy bravamente, é Angriote fué en tierra, y el caballo sobre él, é Amadís, que pasaba, tropezó en el caballo de Angriote y fué caer con él de la otra parte, é un trozo de la lanza, que por el escudo le habia entrado, con la fuerza de la caída entróle por el arnés é por la carne, mas no mucho, y él se levantó muy ligero, como aquel que para sí no quería la vergüenza, de mas sobre caso de su señora, é tiró ahína de sí el trozo de la lanza, é poniendo mano á la espada, se dejó ir contra Angriote, que le vió con su espada en la mano; é Angriote le dijo: «Caballero, yo os tengo por buen mancebo, é ruégoos que antes que mas mal recibais otorgueis ser mas hermosa mi amiga que la vuestra.—Callad, dijo Amadís, que tal mentira nunca será por mi boca otorgada.» Entonces se fueron acometer é herir con las espadas de tan fuertes golpes, que espanto ponian así á los que miraban como á ellos mismos, que los recibian, considerando entre sí poderlos sufrir; mas esta batalla no pudo durar mucho, que Amadís se combatia por razon de la hermosura de su señora, donde hoberia él por mejor ser muerto que fallecer un punto de lo que debia; é comenzó de dar golpes de toda su fuerza tan duramente, que la gran sabiduría ni la gran

valentía de herir de espada no le tuvo pro á Angriote, que en poca de hora lo sacó de toda su fuerza, é tantas veces le lizo descender la espada á la cabeza é al cuerpo, que por mas de veinte lugares le salia ya la sangre. Cuando Angriote se vió en aventura de muerte, tiróse afuera así como pudo é dijo: «Cierto, caballero, en vos hay mas bondad que hombre puede pensar.—Otorgadvos por preso, dijo Amadís, é será vuestra pro, que estáis tan mal tratado, que habiendo la batalla fin, la habria vuestra vida, é pesarme—y—a dello; que vos precio mas de lo que vos cuidais.» Esto decía él por la su gran bondad de armas, é por la cortesía de que usara con la dueña, teniéndola en su poder. Angriote, que mas no pudo, dijo: «Yo me vos otorgo por preso, así como al mejor caballero del mundo, é así como se deben otorgar todos los que hoy armas traen, é dígoos, señor caballero, que lo no tomo por mengua, mas por gran pérdida; que hoy pierdo la cosa del mundo que mas amo.—No perderéis, dijo Amadís, si yo puedo; que muy desaguizado sería si aquella gran medida que contra esa que decis usastes no sacase el pago é galardón que merece, é vos le habréis, si yo puedo, mas cedo que ante; esto vos prometo yo como leal caballero, cuanto torne de una demanda en que voy.—Señor, dijo Angriote, ¿ónde vos fallaré?—En casa del rey Lisuarte, dijo Amadís; que hí volveré, Dios queriendo.»

Angriote lo quisiera llevar á su castillo, mas él no quiso dejar el camino que ante llevara; é despedido dellos, se puso en la via del Enano para le dar el don que le prometiera; é anduvo cinco dias sin aventura hallar; en cabo dellos mostró el Enano un muy hermoso castillo é muy fuerte á maravilla; é díjole: «Señor, en aquel castillo me habeis de dar el don.—En el nombre de Dios, dijo Amadís, yo te lo daré, si puedo.—Esa confianza tengo yo, dijo el Enano, é mas despues que he visto vuestras grandes cosas.—E, Señor, ¿sabeis cómo ha nombre este castillo?—No, dijo él; que nunca en esta tierra entré.—Sabad, dijo el Enano, que ha nombre Valderin.» E así hablando llegaron al castillo, y el Enano dijo: «Señor, tomad vuestras armas.—¿Cómo! dijo Amadís, ¿serán menester?—Sí, dijo él, que no dejan dende salir tan ligeramente los que hí entran.» Amadís tomó sus armas é metióse adelante, y el Enano é Gandalin en pos dél, é cuando entró por la puerta cató á un cabo é á otro, mas no vió nada, é dijo contra el Enano: «Despoblado me semeja este lugar.—Por Dios, dijo él, á mí tambien.—Pues ¿para qué me trajiste aquí, ó qué don quieres que te dé?» El Enano le dijo: «Cierto, Señor, yo vi aquí el mas bravo caballero é mas fuerte en armas que cuido ver, é mató allí en aquella puerta dos caballeros, y el uno dellos era mi señor, é á este mató tan crudamente como aquel en quien nunca merced hobo; é yo os quisiera pedir la cabeza de aquel traidor que lo mató; que ya aquí traje otros caballeros para le vengar, é mal pecado dellos, prendieron muerte, é otros cruel prison.—Cierto, Enano, dijo Amadís, tú haces lealtad; mas no debrias traer los caballeros, si ante no les dijese con quién se habian de combatir.—Señor, dijo el Enano, el caballero es muy conocido por uno de los bravos del mundo, é si lo dijese, no sería ninguno